
José Ortega y Gasset y sus vínculos con el Sitio de Baler

Miguel Ángel López de la Asunción
e Iván Caja Hernández-Ranera

Y allí mismo, en la isla de Luzón, a ciento ochenta kilómetros de Manila, se estaba escribiendo la página más brillante que desde Numancia, sí, desde Numancia, ha escrito el heroísmo español.

AZORÍN. Prólogo a *El Sitio de Baler* (1946)

En su ardua e infatigable labor de limpiar, fijar y dar esplendor a nuestro idioma, la Real Academia Española concede al vocablo *casualidad*, en su diccionario, el significado de «combinación de circunstancias que no se pueden prever ni evitar». Esta acepción, al más puro estilo orteguiano, se ajusta a la perfección con la caprichosa relación existente entre José Ortega y Gasset y el Sitio de Baler, aquel épico asedio sufrido en la localidad filipina homónima por *los héroes de Baler*, inmortalizados en el imaginario popular como *los últimos de Filipinas*.

El célebre Sitio de Baler

Entre el 30 de junio de 1898 y el 2 de junio del siguiente año, una pequeña guarnición del Ejército expedicionario español en Filipinas, desplegada en el pueblo de Baler, sostuvo un dramático asedio en la iglesia de San Luis Obispo de Tolosa, en el marco de los últimos días de la hegemonía española en Ultramar. Desconocedores del desfavorable escenario que soportaban las armas españolas contra las tropas revolucionarias filipinas y del posterior asedio norteamericano a Manila, sin expectativa temprana de auxilio y carentes de una orden de rendición que justificase rehuir el combate, aquel exiguo grupo de defensores –compuesto inicialmente por 53 militares y un fraile franciscano, a los que posteriormente se les unieron dos religiosos más– resolvió asumir, hasta las últimas consecuencias, el cumplimiento del deber y plantar cara al enemigo, al hambre, a la enfermedad y a la muerte.

A pesar de la disparidad de fuerzas –según fuentes locales, en momentos puntuales del bloqueo, los atacantes les decuplicaban en número– los españoles supieron mantener su posición, aún en las condiciones infrahumanas a las que se vieron forzados a subsistir. Simultáneamente a los continuos ataques de fusilería del enemigo, los sitiados tuvieron que lidiar con la insalubridad del agua –obtenida de un sucio pozo excavado con sus propias bayonetas– y una paupérrima alimentación, compuesta por raciones militares fermentadas condimentadas con todo aquello que caía en sus manos: carne de carabao, roedores, gusanos e insectos, culebras, cuervos y unas caracolas de mal aspecto y peor gusto que ni siquiera los propios nativos osaban comer. Se vieron avocados, incluso, a consumir la carne de una perrita perteneciente al comandante de la defensa tras el fallecimiento de éste y –como recordaba a un periódico canario uno de los supervivientes tras su repatriación–, la de otro cánido que, desconocedores de que estaba contagiado de

sarna, consiguió otro de los soldados recuperarlo de tierra de nadie entre las balas enemigas y trasladarlo al interior de la trinchera. Por si eso fuera poco, cuando el Sitio apenas contaba con unas pocas semanas de duración, irrumpió una epidemia de beriberi que diezmó de forma nada condescendiente a los defensores, siendo ésta por mucho la causa principal del fallecimiento de los diecisiete finados durante la defensa, que tuvieron que ser enterrados en la misma nave, sacristía y lugares aledaños donde el resto continuaba luchando por su vida.

Tras 337 dramáticas jornadas, una breve nota de prensa impresa en un periódico llegado desde la Península y lanzado a su trinchera por un emisario del último gobernador español convenció a los sitiados de la veracidad del resto de informaciones que contenía y que trataban la derrota de España y la resultante pérdida de hegemonía en Cuba, Filipinas, Puerto Rico y Guam. Dada la inutilidad de su resistencia, accedieron a una decorosa capitulación, en la que los vencidos establecieron las condiciones a refrendar: caso paradójico en la historia militar universal éste en el que la fuerza derrotada impuso sus intereses a los del vencedor. Con su rúbrica del documento se ponía fin al episodio militar para comenzar a fraguarse la leyenda. Y es que, lejos de recibir maltrato por las más de 700 bajas causadas a los tagalos o ser considerados prisioneros de guerra, el general Emilio Aguinaldo, cabecilla de la Revolución y primer presidente de la incipiente República de Filipinas, reconoció su valentía ante el mundo mediante uno de los primeros decretos firmados por el Gobierno de la nueva nación:

Habiéndose hecho acreedoras a la admiración del mundo las fuerzas españolas que guarnecen el destacamento de Baler, por el valor, constancia y heroísmo con que aquel puñado de hombres aislados y sin esperanza de auxilio alguno ha defendido su

bandera por espacio de un año, realizando una epopeya tan gloriosa y tan propia de los hijos del Cid y de Pelayo; rindiendo culto a las virtudes militares e interpretando los sentimientos del Ejército de esta República que bizarramente les ha combatido a propuesta de mi secretario de Guerra y de acuerdo con mi Consejo de Gobierno vengo a disponer lo siguiente: Artículo único: Los individuos de que se compone la expresada fuerza, no serán considerados como prisioneros, sino por el contrario como amigos y en su consecuencia se les proveerá por la Capitán General de los pases necesarios para que puedan regresar a su país. Dado en Tarlac, a 30 de junio de 1899. –El presidente de la República, Emilio Aguinaldo. –El secretario de Guerra, Ambrosio Flores.

Llegados a este punto, nos ayudará a entender los motivos reales que llevaron a la firma de esta disposición tener presente que, desde el 4 de febrero de ese mismo año, la República de Filipinas y los Estados Unidos se encontraban en guerra, un conflicto atroz que a la postre duraría más de tres años y que se prolongaría hasta abril de 1902.

En el amargo brete en el que se encontraba el presidente Aguinaldo, su gesto magnánimo debería ser entendido dentro del marco de la política propagandística que desplegó la diplomacia de la nueva República en imperiosa búsqueda de reconocimiento internacional: a los ojos de las demás naciones, tamaño acto de generosidad se concebiría como digno de un pueblo instruido y generador de los más excelsos valores. Sea como fuere, el Decreto de Tarlac constituye la base en la que se sustenta el Día de la amistad hispano-filipina, celebración oficial en el país asiático que desde 2003 y a iniciativa del ya fallecido presidente del Senado de Filipinas Edgardo Angara, cada 30 de junio rememora los vínculos culturales e históricos que se forjaron durante los 335 años de hegemonía española en el archipiélago, amén de los propósitos

de mantener el afecto y cooperación entre el país y su antigua metrópoli.

En suma, el Sitio de Baler constituye un épico y brillante colofón al otrora Imperio español, un atisbo de orgullo en los amargos momentos del 98 español. Especialmente en boga en los últimos tiempos, la gesta ha inspirado cerca de una decena de esculturas, placas y monumentos, varios ensayos históricos y novelas, episodios de series de televisión e, incluso, tres largometrajes, no llegando a estar necesariamente alguno de ellos a la altura del hecho histórico y del respeto que los protagonistas del asedio se merecen.

Ortega y los protagonistas del Sitio

Si, movidos por la curiosidad, preguntásemos a la ciencia matemática la probabilidad de que un ciudadano al azar de entre los 18.831.574 de derecho censados en España en 1900 tuviese vínculos cercanos con cualquiera de los héroes de Baler, el porcentaje sería ciertamente muy remoto. Más utópico resultaría aún si acotásemos esta probabilidad únicamente a tener relación con alguno de los cuatro oficiales que comandaron la defensa.

Pues bien, a pesar de lo inverosímil del caso, quiso su circunstancia que el filósofo madrileño y el teniente médico presente en la guarnición de Baler, Rogelio Vigil de Quiñones Alfaro compartiesen ancestros. Ortega y Vigil de Quiñones –Vigil de Quiñones y Ortega– entroncan en la misma rama de la familia Díez de Oñate, estrechamente vinculada a la ciudad de Guadix. Así, del matrimonio entre Manuel Díez de Oñate y Blázquez –regidor permanente de la localidad granadina– y su segunda esposa, María Josepha Mónica García-Cañabate Molero –a la sazón, bisabuelos y trastatarabuelos del médico y el filósofo, respectivamente–

nacerían los hermanos Juan y María Josefa. La menor de los dos hermanos contraería nupcias, en 1816, con el accitano Francisco Vigil de Quiñones Avilés y fruto del matrimonio vendría al mundo Francisco Vigil de Quiñones y Díez de Oñate, padre del héroe de Baler.

Por su parte, su hermano Juan contraería matrimonio en Guadix con María de la O Prados y Fernández de Córdoba, de cuya unión nacería en Algeciras Manuela Díez de Oñate y Prados, que a su vez se casaría con el marbellero Juan Chinchilla Bernardi. De esta unión nacería Rafaela Chinchilla y Díez de Oñate, la abuela de Ortega, que a su vez se convertiría en esposa de Eduardo Gasset y Artime, quedando como descendencia de su unión la madre del intelectual, doña Dolores Gasset y Chinchilla.

Al examinar ambos árboles genealógicos, y a pesar de ser María Josefa Díez de Oñate García-Cañabate once años menor que su hermano, podemos concluir que su descendiente y héroe del Sitio de Baler, Rogelio Vigil de Quiñones –únicamente 21 años mayor que Ortega– resulta ser tío abuelo del filósofo, en tercer grado.

La biografía de Vigil de Quiñones es de enorme interés: ante la necesidad de médicos militares en los distritos de Ultramar, abandonó su destino como médico rural en varios pueblos del valle de Lecrín y respondió a la llamada del Ejército español para ser nombrado médico provisional, con el empleo de teniente, en octubre de 1897. En momentos muy convulsos de las insurrecciones de Cuba y Filipinas, le correspondió en suerte marchar a este último distrito, donde desembarcó el 2 de enero de 1898 y, tras una estancia transitoria en el Hospital Militar de Malate, fue destinado pocas semanas más tarde al remoto pueblo de Baler, con la misión de establecer una enfermería militar de diez camas de la que quedaría como director. El proyecto quedó inconcluso por la reactivación de los acontecimientos bélicos e iniciado el asedio, con la

única asistencia facultativa de un enfermero peninsular, su participación fue esencial para la conservación de la vida de gran parte de sus compañeros de armas.

Prueba de su valía y heroísmo, pese a resultar herido de pronóstico muy grave por una esquirla que impactó en su espalda –y verse él mismo obligado a intervenir quirúrgicamente con ayuda de un espejo– y caer afectado por la enfermedad del beriberi, participó activamente en los combates sin cejar un solo día en la atención de los enfermos y heridos de la guarnición. Debido a su extrema debilidad, se hacía trasladar por dos soldados a los lugares donde yacían sus pacientes, sentado en una silla. Su experiencia como médico rural fue determinante para descubrir las causas de la epidemia de beriberi y su erradicación, siendo suya la propuesta de romper el cerco que dio como resultado la obtención de los alimentos que lo hicieron posible. Sin lugar a duda, Vigil de Quiñones fue uno de los principales artífices de la gesta, figura *sine qua non* la prolongada resistencia hubiera resultado a todas luces irrealizable. Tras su repatriación a España, aprobó el ingreso en Sanidad Militar y tuvo varios destinos en la Península, Canarias y el protectorado español de Marruecos, participando en la intervención militar en la zona del Rif de 1909 y en la Campaña de Melilla de 1921, correspondiéndole aquí dirigir, de nuevo de manera ejemplar, la evacuación del hospital de Dar-Drius y la asistencia de los 59 heridos de la posición del monte Abarrán, en la que, excepto el teniente Flomesta, la práctica totalidad de los oficiales cayeron en combate.

Si la ciencia matemática nos miraba con plena reticencia al interesarnos por la probabilidad de que José Ortega y Gasset tuviera vínculos con alguno de los cuatro oficiales del asedio a la posición de Baler, el tono de su réplica se nos antoja inclusive burlón al doblarle la apuesta. Sin embargo, lo cierto y veraz es que además del vínculo familiar existente entre Ortega y Vigil de

Quiñones, encontramos una nueva relación con un segundo mando de la defensa: el capitán de infantería y jefe de la defensa Enrique de las Morenas y Fossi, quien, sin quitar mérito a ningún otro, se consagró como otro de los principales protagonistas de la gesta.

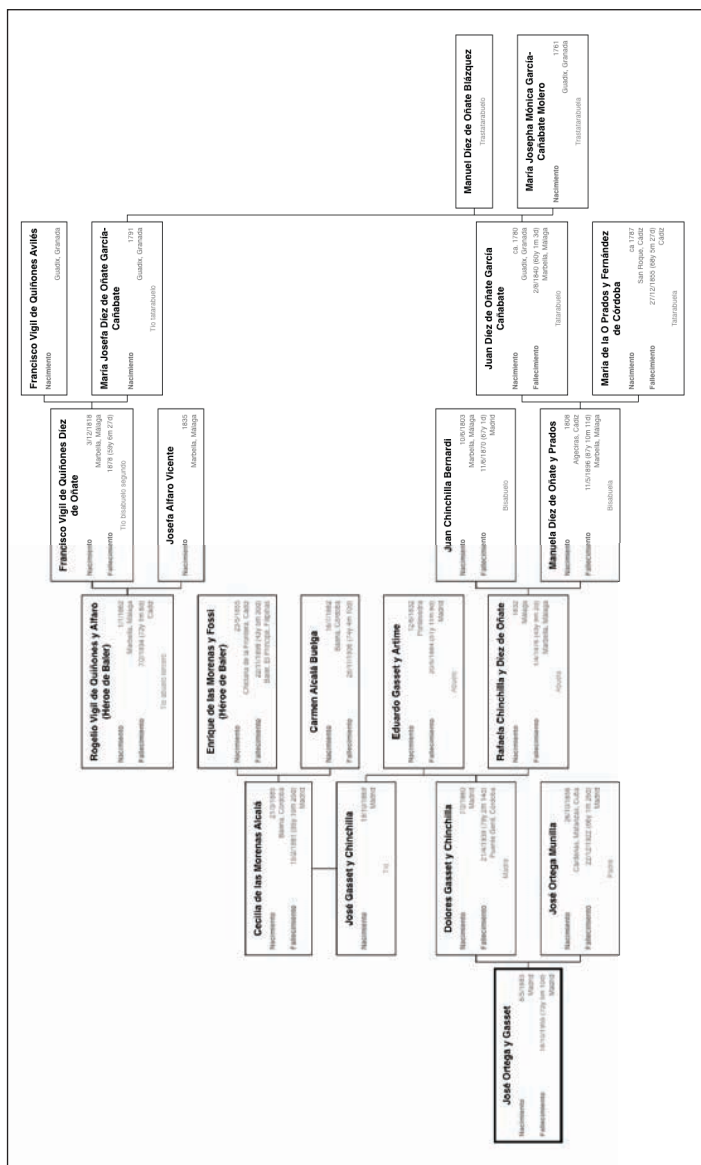
De las Morenas vio la luz en Chiclana de la Frontera, donde nació el 23 de mayo de 1855. Sin olvidar nunca su ascendencia gaditana, su familia pronto se trasladó a la localidad cordobesa de Cabra, a la que se sintió siempre muy ligado. Ya en su juventud resolvió seguir la carrera militar y cursó ingreso en la Academia de Infantería de Madrid a la edad de 19 años, terminando sus estudios con aprovechamiento, aunque de manera precipitada, para tomar parte en la Tercera Guerra Carlista. Encuadrado su regimiento en las fuerzas de la división del general Arrando, dentro del teatro de operaciones de Cataluña, tomó parte en las operaciones contra los carlistas en La Junquera, Molins de Rey y Olot, además del levantamiento del Sitio de La Seo de Urgel. Lejos de comportarse de manera timorata, durante los once meses que permaneció en la contienda obtuvo el ascenso al empleo de teniente por méritos de guerra y se hizo merecedor al título de Benemérito por la Patria. Aunque quizás más relevantes para su posterior carrera militar resultarían las enseñanzas que adquirió en los campos de batalla, entre ellas, el convencimiento de que el éxito de la defensa para cualquier contingente sitiado radica en esperar pacientemente y en las mejores condiciones posibles la llegada de auxilios. Así, años más tarde, en Baler, cuando como comandante político-militar del distrito de El Príncipe le correspondió dirigir la defensa, por ser el militar de mayor empleo entre los presentes, fue esta confianza de no ser nunca abandonados lo que dio sentido a la dilatada resistencia bajo su impronta.

Fallecido a causa de la enfermedad del beriberi durante la defensa, dejó en la Península viuda –doña Carmen Alcalá Buelga– y cinco hijos. A Cecilia –una agraciada joven de tan solo 16 años–

le correspondió, como primogénita, tomar las riendas de la familia junto a su madre para sacar adelante a sus hermanos. Dada la breve esperanza de vida en la época, era ciertamente frecuente que recayese en los hermanos mayores la tarea de velar por los menores en caso de fallecimiento de alguno o ambos progenitores.

En la propia familia materna de José Ortega y Gasset, sería a su madre María Dolores Gasset y Chinchilla –siempre caracterizada por su bondad– a quien le correspondería hacerse cargo de los cuidados de su hermano José al quedar huérfanos de padre y madre, éste a edad temprana, propiciando que la relación entre el abogado y el filósofo se determinase siempre por su cercanía.

Quisieron de nuevo los caprichos del azar que José Gasset y Chinchilla –en aquellos momentos copropietario y gerente de *El Imparcial*– y Cecilia de las Morenas Alcalá, que por entonces frisaba la mayoría de edad, entablaran conocimiento y, pocos meses más tarde, contrajesen matrimonio en la iglesia de Nuestra Señora del Rosario de Madrid, el 20 de octubre de 1900. Así y mediante esta unión, la hija del comandante militar de la defensa de Baler se convertía en tía del filósofo madrileño. Evidencia de la notabilidad que adquiriría entre la sociedad madrileña la familia del héroe de Baler, tras su fallecimiento, la encontramos en la audiencia que la reina regente, María Cristina de Habsburgo-Lorena, ofreció a Carmen Alcalá y a su hija Cecilia en palacio cuatro días antes del enlace, que, según relataron las crónicas, destacó por su afectividad. Este reconocimiento por parte de la familia real y el apoyo recibido en las páginas de *El Imparcial* fueron determinantes para la concesión al militar chiclanero de la Cruz Laureada de San Fernando –máxima recompensa concedida por el Ejército español– por Real Orden de 5 marzo de 1901 (Diario Oficial número 51), en consideración al mérito contraído en la defensa de Baler.



Árbol genealógico de los descendientes de Manuel Díez de Oñate Blázquez y María Josepha Mónica García-Cañabate Molero.

La capitulación de Baler y El Imparcial

Como bien es sabido, el diario *El Imparcial* fue fundado en marzo de 1867 por Eduardo Gasset y Artime, abuelo de Ortega, y sería precisamente en sus páginas donde el filósofo encontraría lugar para la publicación de gran parte de sus primeros artículos de juventud. En los aciagos momentos de la pérdida de hegemonía en los últimos distritos de Ultramar, el diario madrileño se definía como la cabecera de mayor circulación en España, presentando una tirada diaria, ligeramente fluctuante, cercana a los 118.000 ejemplares. Como no podía ser de otra manera, su línea editorial se encontraba indubitablemente influenciada por el panorama político y la profunda crisis que azotaba el país, por lo que, bajo la dirección de otro hermano de doña Dolores, Rafael Gasset y Chinchilla, *El Imparcial* desempeñó un papel clave en la preocupación de la sociedad española por el auxilio de los soldados repatriados y en la liberación de los aproximadamente 9.000 prisioneros peninsulares que, por aquellos días, sufrían cautiverio en paupérrimas circunstancias a lo largo y ancho del archipiélago filipino.

La suerte de cada uno de los cautivos dependió en gran medida de las distintas provincias en las que cayeron prisioneros y del grado de magnificencia o aversión que les manifestaban los principales cabecillas del Ejército Republicano filipino que comandaban aquellas regiones. Debemos dejar constancia de que la desidia e inoperancia del Gobierno español conllevó que entidades no gubernamentales tomaran conciencia de la necesidad de abrir iniciativas privadas volcadas en la recaudación de fondos económicos que propiciasen el socorro de los soldados. Así, tenemos detalles de una de aquellas cuestaciones privadas gracias al número 11.645 de *El Imparcial*, de 18 de septiembre de 1899, en cuya portada se daba cumplida cuenta del balance económico de la

«suscripción abierta [...] para los soldados heridos y enfermos de Cuba y Filipinas» auspiciada por el diario: a mes de agosto, desde el comienzo de la cuestación, la recaudación ascendía a 1.070.003,49 pesetas –6.430,85 euros–, cifra exorbitante para la época. A esta suma, el diario madrileño había contribuido de manera particular con el importe nada despreciable de 90.101,67 pesetas.

Llama poderosísimamente la atención comprobar que una de las entradas de ingresos corresponde al reembolso de 1.250 pesetas efectuado desde Manila y relativo a socorros dirigidos desde la Península a soldados a quienes resultó imposible localizar, más de un año después de la toma de la capital; lo más probable, por haber fallecido en cautiverio sin el menor conocimiento oficial.

Prueba del reconocimiento que se ganaron quienes, desde su redacción y rotativa en Madrid, velaban por la localización, liberación y repatriación de los cautivos, lo encontramos en las primeras páginas del libro *Los prisioneros españoles en poder de los tagalos: Relato histórico de este cautiverio y de las gestiones llevadas a cabo para libertarlos*, de Luis Moreno Jerez, publicado en Manila en 1900. A lo largo de sus más de 200 páginas al estilo tipográfico literario del *Diario de Manila*, el autor nos descubre los entresijos de la pérdida de la hegemonía española en Filipinas, dejando en entredicho la gestión del Gobierno español mediante documentos, actas de capitulación, testimonios particulares, diarios personales y cartas. En las primeras páginas de la obra nos topamos con la dedicatoria del autor a la dirección de *El Imparcial* –escrita un año antes en Manila– dirigida a la persona de su director.

Al señor don Rafael Gasset y Chinchilla

Diputado a Cortes, director del periódico «El Imparcial»

Nadie con más méritos que V. para que su nombre figure en las primeras páginas de este libro. El ejército español ¿qué digo?

España entera es a V. deudora de inmensa gratitud por su feliz iniciativa, hermosamente desarrollada, acudiendo al socorro del infeliz soldado de nuestras guerras de Cuba y Filipinas. Ningún español podrá olvidar que el periódico que V. tan dignamente dirige ha repartido más de un millón de pesetas en la obra anteriormente citada y este hecho, reconocido como de gran filantropía, le ha conquistado el nombre de benemérito de la patria. La índole de mi trabajo, consagrado a la simpática obra de poner en relieve cuantas gestiones hayan podido favorecer a los infelices prisioneros de los tagalos, ha de ser acogida por V. con benevolencia y cariño y por esta causa me he tomado la libertad de dedicárselo. Si V. lo acepta, tendrá en mí el indiscutible mérito de verse honrado con su nombre. Su afectísimo s.s. [*seguro servidor*] y amigo, el autor.

Fortuitamente, y como si de una cruel burla del azar se tratase, un ejemplar del mismo periódico dirigido por la familia Gasset fue absolutamente determinante para la capitulación de la guarnición de Baler. Pese a haber ignorado durante meses las noticias que recibían a través de periódicos abandonados por el enemigo en las cercanías de la posición española, al considerarlos burdas alteraciones de originales, repletos de invenciones, la fuerza sitiada depuso las armas al dar crédito a una breve nota publicada en un ejemplar de *El Imparcial*, llegado a su posición de manos del teniente coronel del Ejército español José Aguilar y Castañeda. En los últimos días del mes de mayo de 1899, Aguilar desembarcó en Baler, como emisario del general español Diego de los Ríos, con el fin de ordenar a los defensores terminar el sitio y su inmediata evacuación a Manila. Resultando todas sus gestiones infructuosas, optó por lanzar varios periódicos peninsulares a la trinchera española como último intento de convencerles de su error.

Tal y como recordaba Saturnino Martín Cerezo, último jefe de la defensa, en su libro *El Sitio de Baler: Notas y recuerdos* (1904),

inicialmente los defensores creyeron ver en estos periódicos un nuevo artificio del enemigo. Sin embargo, en una segunda lectura, el teniente Martín tropezó con estupor con una pequeña noticia que, imposible de haber sido pergeñada por los tagalos, cambiaría el curso de su historia. La nota daba cuenta de la repatriación desde Cuba del segundo teniente Francisco Díaz Navarro, con el que Martín había compartido destino en el Regimiento de Infantería Borbón 17, de guarnición en Málaga. La circunstancia del oficial repatriado era imposible que fuese conocida por el enemigo, por lo que la noticia debía de ser cierta, así como debían serlo aquellas otras que participaban la repatriación de tropas tras la pérdida de los últimos distritos españoles en Ultramar:

Luego que se retiró el Sr. Aguilar mandé recoger el paquete de periódicos y nos pusimos a confrontarlos detenidamente con otros que por casualidad poseíamos. Recuerdo que la más importante de nuestras comparaciones tuvo por objeto varios números de *El Imparcial*, entre los cuales no pudimos hallar otras diferencias que las naturales de redacción. [...] A la mañana siguiente, no bien amaneció, volví a repasar los periódicos. Toda la noche había estado preocupándome lo extraño del asombroso parecido con que habían logrado hacerlos; pero algo instintivo me aconsejaba su lectura. Sin esperanza, pues, de que se desvaneciesen mis recelos, comencé a ojear sus columnas, maravillándome la imaginación que se había gastado en ellas, con el intento de reducirnos y engañarnos. [...] Admirándolo estaba, cada vez a mi juicio más penetrado en lo habilidoso de la obra, cuando un pequeño suelto, de sólo un par de líneas, me hizo estremecer de sorpresa. Era la sencilla noticia de que un segundo teniente de la escala de reserva de Infantería, D. Francisco Díaz Navarro, pasaba destinado a Málaga, pero aquel oficial había sido mi compañero e íntimo amigo en el Regimiento de Borbón; le había correspondido ir a Cuba, y yo sabía muy bien que al

finalizarse la campaña tenía resuelto pedir su destino a la mencionada población, donde habitaba su familia y su novia. Esto no podía ser inventado. Aquellos papeles eran, por lo tanto, españoles, y todo cuanto decían verdadero.

¿Sería entonces pretencioso afirmar que esa pequeña nota en *El Imparcial* salvó la vida a los 35 supervivientes del Sitio de Baler? Teniendo en cuenta que, al anochecer esa misma jornada y ante la falta de víveres, los sitiados tenían completados todos los preparativos para realizar la salida de la iglesia a la desesperada y romper el cerco enemigo a vida o muerte, sin abandonar ni enfermos ni heridos, con rumbo a ya inexistentes posiciones españolas, el ejercicio de historia-ficción se desvanece sin margen a conjeturas.

A la primera edición de *El Sitio de Baler*, de Martín Cerezo, le siguió una segunda en 1911 –por R.O. de 25 de mayo de 1915 (D. O. 114), de adquisición recomendada para las bibliotecas, centros, dependencias y cuerpos del Ejército– y una tercera en 1946, primera tras la muerte de su autor, en diciembre del año anterior. Esta edición contó con la participación de *Azorín* –amigo íntimo de Ortega– a quien correspondería encabezar la obra con uno de los prólogos más afamados y épicos de la literatura española del siglo XX.

El exilio, Ortega y la familia De las Morenas

El 17 de julio de 1936, estallaría en España la sublevación militar que traería consigo un brusco e inevitable giro en la existencia de millones de personas. En estos primeros momentos del levantamiento militar, la incertidumbre y el miedo propiciaron que muchos españoles de uno y otro lado, y la inmensa mayoría que se encontraba en medio, temiesen por su seguridad y la de sus familias, tomando la difícil decisión de abandonar sus hogares para intentar

salvar sus vidas en el extranjero. Este temor, más acentuado por motivos obvios entre los intelectuales, llevaría a José Ortega y Gasset a la necesidad de abandonar Madrid para evitar males mayores. Más, si cabe, cuando la presión que se ejercía sobre el filósofo se intensificó tras su negativa inicial a formar parte de los firmantes del *Manifiesto en defensa de la República* –conocido como *Manifiesto de los intelectuales antifascistas*–, documento que se vería finalmente forzado a firmar.

Tras partir al exilio en los últimos días de agosto de 1936, desde Alicante, a bordo del Corté II, Ortega comienza su periplo exterior en Marsella, en cuyo puerto desembarca, para pasar a continuación brevísimas estancias en Port-Vendres y La Tronche, Grenoble.

Buscando siempre el mejor lugar para establecerse con su familia, en el mes de noviembre contacta con Manuel García Morente, su antiguo compañero de claustro en la Facultad de Filosofía de las Universidades Central y Complutense de Madrid. García Morente, que se encontraba exiliado en París desde finales de septiembre, le ha venido describiendo, desde que llega a la capital francesa, la situación y las condiciones de vida allí, tal y como atestiguan las cartas del otoño de 1936, que se conservan en el Archivo de José Ortega y Gasset de la Fundación Ortega-Marañón.

Entre las personas con las que también pudo contar en estos ásperos momentos encontramos a Carmelo de las Morenas y Alcalá, hermano de su tía Cecilia e hijo del héroe laureado de Baler. Al menos otras dos cartas, conservadas en el mismo Archivo, recibió la familia Ortega, escritas con el mismo propósito de puño y letra por De las Morenas, quien, tras seguir los pasos de su padre en la Academia de Infantería, terminaría realizando el curso de piloto de aeronave dentro de la séptima promoción del Ejército español. Su valía le condujo a ocupar variados empleos en no menos

numerosos destinos y en los preludios de la Guerra Civil, desde febrero de 1936, los avatares de su carrera militar le llevaron a desempeñar funciones de agregado aéreo en las embajadas españolas en París y Londres, puesto que ocuparía hasta finales de julio, en que fue cesado del cargo en París. En estos adversos momentos, De las Morenas ofrece a Ortega ya en diciembre los contactos y resortes necesarios para llegar a territorio británico, aconsejando al filósofo sobre la manera idónea de cumplir –o al menos parecer cumplir– con los requisitos necesarios para obtener el permiso de permanencia en el Reino Unido, inicialmente por seis meses y su posterior prórroga con carácter indefinido. En una de estas epístolas, el militar se despide de Ortega con «carinosos recuerdos para Rosa y los niños, y un abrazo para ti de tu pariente Carmelo [*rúbrica*]». Aún sin existir parentesco sanguíneo entre ambos –Carmelo es hermano de su tía política–, la predisposición y el trato mostrado por De las Morenas hacia Ortega se nos antoja ciertamente familiar.

Quizás por la complicación que conllevaba el traslado, quizás por la poca afinidad que despertaba en él la idiosincrasia británica, o tal vez por empezar a encontrarse ya delicado de salud, Ortega decidió permanecer en París. Allí, además, compartiría estos primeros meses de exilio con otro descendiente del comandante Enrique de las Morenas: su prima María Ángeles –hija de José Gasset y Cecilia de las Morenas, y especialmente unida a Soledad Ortega Spottorno–, a quien el filósofo no dudó en acoger en su residencia parisina hasta 1938, a pesar de las acuciantes estrecheces económicas y privaciones que sufría la familia.

Heroísmo

Desde muy joven, Ortega entiende la vida con un tinte heroico, es más, encuentra en el heroísmo la médula de la vida humana. Sin

entrar en la acepción filosófica con que dota de consistencia a lo heroico, este rasgo estará presente en toda la vida del filósofo. Recordemos que para él lo heroico no significa sencillamente la realización de un hecho extraordinario, sino la dedicación, que por su dificultad implica una extraordinaria persistencia, a poner en obra un proyecto vital.

El momento en que más cerca se encuentra de que las dificultades le sean insuperables es, sin duda, en los primeros años del exilio al que se ve forzado por la Guerra Civil, operado a vida o muerte al poco de llegar a Francia. Pero ante la inevitable pérdida de rumbo en su trayectoria, continúa dignificando la posada a través de la puesta en valor del camino.

En un sugerente párrafo escrito para su curso de 1939-1940 de *El hombre y la gente* (*Obras completas*, Madrid, Fundación José Ortega y Gasset / Taurus, vol. IX, p. 286), asimila las opciones posibles de reabsorción de su circunstancia en la ultimidad del vivir o morir, inmediatamente tras lo cual no puede dejar de emular su idea de que sólo la muerte de quien se esfuerza por vivir hace que la vida merezca la pena:

Cuando queremos describir una situación extrema, en que parece que no hay opción, solemos decir que «se está entre la espada y la pared». ¡La muerte es segura! ¿Cabe menos opción? Y, sin embargo, es evidente que esa frase nos invita a elegir entre la espada y la pared. ¡Privilegio tremendo, de que el hombre goza a veces, el de elegir la forma de su muerte! –la muerte del cobarde o la muerte del héroe, la muerte fea y la bella muerte. De la cual, nuestros abuelos decían detrás de sus grandes corbatas que un *bel morire tutta una vita honora*.

Sin duda, los vínculos con los héroes de Baler prestan más valor al concepto, que toma Ortega de la literatura, voraz lector desde muy joven. La virtualidad que denota lo heroico no resta un

ápice a su posibilidad real para el filósofo, aunque parezca improbable en un principio. La ficción interseca con la realidad, como hemos visto, más allá de los acontecimientos de aquellos convulsos años, cuando recordamos los lazos familiares de Ortega con unos héroes que lo son por sus hechos, pero, además, al más puro estilo orteguiano. Estos sostienen con firmeza una creencia que pudiera pensarse, bajo una primera mirada –directa–, como idealista.

Como medita el filósofo sobre la novela cervantina, allá en su primer libro, en el haz de relaciones como comprende lo real también tiene su lugar la ficción, y la persistencia, o tozudez a veces, con que el resquicio de lo virtual condiciona las decisiones humanas *salva* vidas –curiosa concreción, precisamente en aquel ejemplar de *El Imparcial*–. En aquella firme creencia se inocular un virtual descreimiento, y con ello se ponen a prueba las creencias, lo cual engalana al filósofo, adalid de la ironía, y forja héroes. Aquí tenemos el ejemplo, pues, de *los últimos de Filipinas*.

M. Á. L. de la A. / I. C. H.-R.

Este artículo forma parte del «Proyecto interdisciplinar de innovación tecnológica aplicada a la investigación, difusión y transferencia del legado de José Ortega y Gasset» (ORTEGA-CM), financiado por la Comunidad de Madrid (ref. PHS-2024/PH-HUM-57).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ARCHIVO GENERAL MILITAR DE SEGOVIA (AGMS). Expedientes personales y hojas de servicio de Enrique de las Morenas y Fossi (Celebr. Caja 107, Exp. 8), Saturnino Martín Cerezo (Sección 1.^a, Legajo M-1262) y Rogelio Vigil de Quiñones y Alfaro (Sección 1.^a, Legajo B-2521).
- ARCHIVO DE JOSÉ ORTEGA Y GASSET (AO). Cartas de Carmelo de las Morenas y Alcalá a José Ortega y Gasset: sig. C-67/45a y sig. C-67/45b. Carta de Manuel García Morente a José Ortega y Gasset: sig. C-13/11.
- CARDONA, Gabriel. *Los Gasset: milicia, política y periodismo*. Madrid: Ediciones El Viso, 2008.
- DIARIO *EL IMPARCIAL*, núm. 11.645 (18 septiembre 1899), núm. 12.037 (17 octubre 1900), núm. 12.041 (21 octubre 1900) y núm. 12.176 (28 febrero 1901).
- DIARIO OFICIAL DEL MINISTERIO DE LA GUERRA* (DOMG). Núm. 51/1901, 114/1915 y 168/1936.
- LÓPEZ DE LA ASUNCIÓN, Miguel Ángel y LEIVA, Miguel. *El Sitio de Baler: La heroica gesta de Los últimos de Filipinas*. San Sebastián de los Reyes: Editorial Actas, 2022.
- MARTÍN CEREZO, Saturnino. *El Sitio de Baler: Notas y recuerdos*. Guadalajara: Taller tipográfico del Colegio de Huérfanos, 1904 y *El Sitio de Baler*. Madrid: Biblioteca Nueva, 1946.
- MORENO JEREZ, Luis. *Los prisioneros españoles en poder de los tagalos: Relato histórico de este cautiverio y de las gestiones llevadas a cabo para liberarlos*. Manila: Est. Tip-Lit. del *Diario de Manila*, 1900.
- ORTEGA Y GASSET, José. *Obras completas*, vol. IX (1933-1948). Madrid: Fundación José Ortega y Gasset / Taurus, 2009.
- REGISTRO CIVIL. Marbella. Año 1862. Nacimientos. Inscripción 4641; Madrid. Año 1900. Matrimonios. Distrito de Buenavista. Inscripción 578.